

# LA DECADENCIA ECONÓMICA DE ESPAÑA EN EL SIGLO XVI.-ENSAYO DE UNA INTERPRETACIÓN

Resumen de la conferencia pronunciada en el Instituto Nacional de 2ª enseñanza el día 14 de Abril de 1924.

**D**ESPUÉS de unas breves, corteses palabras de agradecimiento, pasa el orador a fijar el objeto de su conferencia, que es, según dice, exponer los primeros resultados obtenidos en un estudio inductivo sobre la vida económica de España a partir del comienzo de la Edad Moderna. Dicho estudio lo realiza en Alemania, según los modernos métodos de los historiadores de la Economía que forman la llamada escuela neo-historicista. Se denomina así para distinguirla de la titulada simplemente «escuela histórica», que nació como protesta contra las elucubraciones irreales de la economía clásica, que por entonces—a principios del siglo XIX—había llegado a una gran decadencia. Siguiendo el camino que Savigny emprendiera para la ciencia del Derecho, primero F. List (1841) y después y más intencionadamente Hildebrand, Knies y sobre todo Roscher en su «System der Volkswirtschaft» (1854-94) quisieron dar a la ciencia económica un carácter realista y experimental, por así decirlo, esto es, histórico. A las más o menos ingeniosas deducciones de unos principios generales en que los discípulos de A. Smith convirtieron la Economía, opusieron una serie de hechos históricos que habrían de servir para formar, por inducción, la economía futura a la que negaron el carácter de ciencia.

Rectificando las exageraciones de esa tendencia, pero siguiendo su di-

rección, funda Schmoller la nueva escuela neo-historicista, que con las modificaciones de von Below y sus discípulos y las aportaciones de Knapp, Weber, Sombart etc., ha conducido, si no a la fundación definitiva de una economía histórica, al menos al conocimiento exacto de la historia económica alemana y de los fenómenos más interesantes de la europea, como son el feudalismo, el nacimiento de la ciudad, la formación del «Frühkapitalismus» (que el conferenciante no se atreve a traducir en castellano por precapitalismo) etc.

Mientras tanto, la investigación de nuestra historia económica, según los principios de esa escuela (cimentación exclusiva en documentos y comprobación de numerosos datos, antes de proceder a la inducción) permanece abandonada en España. La labor del maestro Hinojosa no ha empezado a dar frutos hasta estos mismos días, en que sus discípulos—que a su vez muchos de ellos lo son de von Below, el famoso profesor de Friburgo en Brisgovia—comienzan a publicar un «Anuario de Historia del Derecho Español» digno de todo encomio.

En cuanto a la materia que al conferenciante por el momento interesa, existe no obstante una numerosísima bibliografía. El fenómeno de una literatura brillante y un ejército siempre vencedor, en una nación tan pobre como la España que empieza en la segunda mitad del XVI, constituyen un hecho demasado visible para pasar inadvertido a filósofos e historiadores. De ahí, que a partir de los contemporáneos, a quien un lógico deseo de aprontar remedios a su dolorosa situación condujo a estrujarse el cerebro para producir aquella poliforme literatura «arbitrista», casi todos los historiadores u observadores de nuestra vida nacional se hayan ocupado de lo que se ha venido llamando «la decadencia económica de España».

Hay una característica común a todos los estudios que sobre esa materia existen: Todos ellos son de carácter político. Aún los de Hæbler, cuyo más conocido estudio por existir una pésima traducción mercenaria (con la que se sorprendiera la buena fé de don Francisco La Iglesia) es «Die wirtschaftliche Blüte Spaniens und ihre Verfall» Berlín 1888 (La vida económica de España y su decadencia), se inclinan demasiado a defender la política de Carlos V. Hay que llegar hasta estos últimos años para encontrar obras, como las de los norteamericanos Klein y Haring (sobre la Mesta y nuestro comercio primitivo con Indias, respectivamente), desprovistas de carácter político y polemista.

La tendencia liberal del siglo XIX mueve la pluma de Semper, Ferrer del Río, Pedregal y Cañedo, Picatoste, Colmeiro, Giner, Cánovas, Pica-vea, Costa, etc., que ven en nuestra decadencia sólo un efecto de la política de Carlos V y Felipe II, intransigente y ambiciosa. Para los extranjeros del XVIII y primera mitad del XIX es igualmente esa política de los dos primeros Austrias la que lleva a España a su decadencia. Es a partir

de los estudios de Helferich y Wiebe sobre la historia de los precios en Europa cuando empieza a pensarse que la decadencia de nuestra industria fué una consecuencia de la subida excesiva de los precios que la importación del oro y la plata de Indias produjeron en España. Esta es la consecuencia que saca Hæbler en el libro ya mencionado y que es admitida por casi todos los historiadores modernos de la Economía (Kœtzschke, Sieveking, Sombart, M. Weber, etc.), que se fían del juicio de un escritor tan concienzudo como Hæbler.

El libro que Bonn publicara en 1896 con el título «Spaniens Niedergang wæhrend der Preisrevolution des 16. Jahrhundert» (La decadencia de España durante la revolución en los precios del siglo XVI), a pesar de ser quizá lo más completo que sobre esa materia se ha escrito, ha tenido poca divulgación, y su teoría que achaca—como la del francés Bona—la decadencia económica de nuestra patria a factores éticos y psicológicos del pueblo en primer término, no ha conseguido aceptación.

Para el conferenciante el defecto de todas las teorías y estudios existentes—aparte de su parcialismo político—está en que consideran la vida económica de España a partir del reinado de Carlos V como si entonces hubiese nacido por modo milagroso nuestro pueblo. Para esos historiadores la Edad Media no ha dejado la menor huella en los españoles del Renacimiento. Parten del reinado de los Reyes Católicos, al que se viene considerando como periodo de mayor prosperidad en nuestra vida económica, y a renglón o a capítulo seguido empiezan a hablar de decadencia originada por las guerras exteriores, colonización de Indias, los defectos del pueblo, etc.

El conferenciante considera la cuestión bajo otro aspecto. A su juicio las causas de la situación económica del XVI hay que buscarlas mucho más atrás: en la Edad Media. Esa división en edades de la historia es algo completamente caprichoso que ha conducido a más de un error. Ni la toma de Constantinopla por los turcos, ni la invención de la imprenta, ni el descubrimiento de América, ni la Reforma, son hechos lo suficientemente poderosos para torcer radicalmente el rumbo de la humanidad. Esos acontecimientos pueden y deben marcar una división en la descripción de la historia, pero en su contenido sólo se deben considerar como fenómenos concadenados de una evolución continua.

En cuanto a la historia económica, en concreto, hoy ya nadie admite—después del estudio de Sieveking—la división en las tres famosas edades. Hoy se considera que tras la invasión germánica (que como prueba Dopsch no interrumpió tan radicalmente como se cree la cultura romana) viene un periodo de economía natural, en que el cambio casi no existe. A medida que el comercio se desarrolla a consecuencia de las Cruzadas, desaparece la organización feudal y gremial y se inicia el predominio



del factor capital-dinero. Esta segunda fase la denominan los alemanes «Frükapitalismus» y dura hasta la segunda mitad del siglo XVIII, en que por el desarrollo del crédito, el aumento del capital-dinero, el perfeccionamiento de la técnica de la producción y aún la evolución del derecho y la ética (M. Weber) se llega al «capitalismo», o sea primacía y dirección de la vida económica por el «capital» de la actualidad.

Hablar pues de decadencia económica de España en el XVI o XVII como algo desgraciadamente fortuito o impuesto por la política real, cree el conferenciante que es una impropiedad. Decadencia, dice, es la conversión en descendente de una curva, de un movimiento antes ascendente. Ahora bien, ¿existe en España un periodo, una coyuntura económica de *sustancial* alza económica? Aparentemente, sí. Todos los historiadores la describen—con demasiado optimismo—aproximadamente así:

Se ha terminado la reconquista; el pueblo formando una unidad nacional, se dispone al trabajo. El comercio crece. De Italia llega el Renacimiento que es lujo, originando un perfeccionamiento de la producción, mayor circulación de dinero. Se desarrolla el crédito, porque los señores, los hidalgos, no tienen el numerario suficiente para adquirir los artículos que la moda y las nuevas necesidades exigen, y han de tomarlo prestado de los judíos. Al ser expulsados éstos en 1492 se sienten aliviados innumerables cristianos que iban a caer bajo el peso de sus deudas. Quizá influyeran—insinúa el orador—estos motivos económicos poderosamente en la expulsión de aquel pueblo, que si hubiese sido pobre tal vez no hubiera suscitado en su contra tantos odios religiosos.

El comienzo de la colonización en Indias provoca en Castilla una creciente prosperidad económica. Los conquistadores y colonizadores no encuentran allí más que artículos preciosos pero innecesarios para ellos. Necesitan sus telas, sus armas, sus libros y sobre todo su trigo y su vino, y como en México y en Perú hay oro y hay plata, ofrecen altos precios a los comerciantes que les importen de España esas mercaderías. Un comercio intensísimo comienza. La sagacidad de los Reyes Católicos comprende es necesario controlarlo y se crea en Sevilla en 1503 la «Casa de Indias», que monopoliza cuanto a emigración y comercio con las nuevas tierras se relaciona. En el año 1504 no parten más que 4 buques (los cuales eran de unas 300 a 500 toneladas), pero dos años después ya son 22 los que se aventuran a navegar hacia Nueva España. De año en año aumenta el número de navíos, que ya en 1520 son 71 y a mediados del siglo pasan de 100. Tardan de uno a dos años en el viaje, pues han de esperar a que se vendan las mercancías. Esto se consigue—hasta que al final del siglo empieza el contrabando extranjero—bastante fácilmente y con una ganancia del 300 o 400 por 100. No se debe juzgar abusiva esa ganancia; los riesgos del viaje son innumerables y espantosos. Tempestades, piratas, calamidades de todo

género aguardan a los navíos y sus tripulantes. De los que parten no vuelven más que dos terceras partes por término medio, aunque hay años como en 1516 y en 1517 en que salen de Sevilla para Indias 42 y 63 navíos y no vuelven más que 10 y 31 respectivamente. De todos modos, y según los testimonios de los contemporáneos como Pedro Mártir y Tomás Mercado, las ganancias de los comerciantes sevillanos y la riqueza que en Sevilla se desarrolla son extraordinarias.

De Sevilla irradia esa prosperidad a la Península toda. La apertura del mercado indiano provoca una demanda considerable y en todos los talleres de Segovia, de Ocaña, de Toledo, de Córdoba se trabaja febrilmente. Los maestros no dan abasto con sus oficiales y algunos más emprendedores toman a jornal a obreros que acuden del campo. Los comerciantes compran lanas y primeras materias y las dan a destajo para ser labradas. El sistema de empresa, lo que los alemanes llaman *Verlagssystem*, aparece y con ello se inicia el capitalismo moderno. En Sevilla funcionan tres mil husos para hilar seda. En Toledo se labran cerca de quinientas mil libras. Segovia teje paños por valor de muchos cuentos de maravedís. Ocaña contempla el apogeo de su industria de guantes.

Si en la industria la coyuntura es de alza, en la agricultura lo es aún más intensamente. Ni vino, ni aceite, ni trigo se producen en Nueva España. El español de entonces—como el de ahora—no puede pasar sin esas tres cosas. Sobre todo el vino se demanda incesantemente y se paga a cualquier precio. Llega a constituir el principal cargamento de muchas naves, y hacia mediados del siglo se exportan más de medio millón de arrobas por año. Las plantaciones de viñas se dilatan por toda la Andalucía oriental y los pastizales se roturan en tal extensión, que la «Mesta», aunque agonizante (véase el reciente libro del norteamericano Klein sobre ella), consigue en 1550 se dejen para pastos los terrenos roturados en los diez años anteriores.

¿Asistimos, pues, a un periodo de prosperidad económica?—se pregunta el conferenciante.—Esta es la cuestión fundamental y previa a resolver para poder explicar la decadencia o simplemente la vida económica de España durante el XVI. No es lo mismo coyuntura de alza, época favorable en un ciclo económico, que verdadera plenitud en el desarrollo del mismo. Esta plenitud es algo más; significa no el fenómeno transitorio de una mejoría o una agravación, sino el esencial estado de salud de una entidad económica. Ahora bien, ¿la mayor actividad en la industria, la extensión de la producción y la consecuencia de ambas el mayor volumen del comercio—que tiene dos centros principales en España: Sevilla para el tráfico con Indias y Medina del Campo para Europa—significan una esencial madurez y apogeo en nuestra historia económica? A juicio del orador, no. El cree que esa prosperidad, determinada por la apertura del mercado de Indias y

la entrada en España de los metales preciosos que la colonización produjo, *pudo* hacer desarrollarse en España una fuerte organización económica; pero la falta de una suficiente evolución a través, y sobre todo en la última parte de la Edad Media, hizo imposible que España lograra hacer duraderas las efímeras bienandanzas del movimiento. Por el contrario y a la larga fué perjudicial en extremo para nuestra economía la colonización de América, no naturalmente en cuanto proporcionó un mercado a nuestros productos, sino en cuanto constituyó una fuente demasiado abundante de metales preciosos. El adagio de que «tanto se peca por carta de más como por carta de menos» encuentra en este caso exacta aplicación. La importación de metales preciosos, que al aumentar los precios significa un estímulo para la producción, fué en la España del XVI contraproducente por la falta de desarrollo económico de nuestra industria y sobre todo por las particularidades psicológicas de nuestro pueblo.

Es un hecho continuamente repetido a través de nuestra historia, que la masa popular española siempre se considera como consumidora y nunca como productora. Esto es, al español le interesa que las cosas estén baratas, aunque él no pueda comprarlas por falta de dinero. Jamás se le ocurre pensar que tanto significa precios baratos, como sueldos, salarios o ingresos en general altos. Así, cuando se presenta una subida de precios, en vez de procurar convertirse en productor para beneficiarse del precio remunerador que ofrecen las mercancías, o simplemente en vez de pedir aumento de sus ingresos, se dedica por todos los medios a conseguir un abaratamiento de los productos.

Durante el siglo XVI se manifiesta más que nunca esta particularidad. España entera reclama una tasación general de los artículos y en las Cortes los procuradores de las ciudades, que son representantes más que de los gremios de los hidalgos influyentes en ellas, solicitan insistente y principalmente a partir de las de 1535 que se impida a todo trance la subida de los precios. El Emperador se deja convencer y en 1543 se decreta la libre importación de las manufacturas extranjeras. Mas como la demanda de Indias sigue en aumento y la importación de metales preciosos crece vertiginosamente por esos años (En 1551 aparecen oficialmente registrados en la Casa de Contratación de Indias una importación de oro, plata y pedrería por valor de 847 millones o cuentos de maravedís), los precios siguen subiendo. Son entonces tan apremiantes las reclamaciones del pueblo, que el rey, aún a conciencia del perjuicio que a la industria nacional había de producir, prohíbe en 1552 la exportación de nuestras manufacturas y amplía las facilidades para la importación de productos acabados extranjeros.

Y no sólo es a la industria a la que se ponen tales trabas. En 1557 se hace una nueva tasación del precio de los cereales y se fija el máximo a que ha



de venderse una fanega de trigo en 310 maravedís y una de cebada en 140. Como además ese año y el siguiente fué muy escasa la cosecha, el labrador vióse arruinado y los terrenos últimamente roturados volvieron a convertirse en baldíos.

A partir de esa fecha fija Haebler el comienzo de la decadencia económica en España, que ha de durar, con ligeras mejorías, como la que se verifica en el XVIII y especialmente bajo Carlos III, hasta nuestros días. Si pues el malestar económico en nuestra patria es algo tan permanente, parece impropio designarlo con el calificativo de «decadencia», que hace pensar, inmediatamente, en un pasado «esplendor». No conviene acordarse, al estudiar la historia económica de España, de sus otros grandiosos aspectos. El brillo de nuestras armas, de nuestra literatura, de nuestra ciencia prestan reflejos de magnificencia a nuestra vida económica que nunca la tuvo. Y no la tuvo, porque aunque sea doloroso confesarlo, no la pudo tener.

Los que se han ocupado de nuestra historia económica no han sabido o no han querido estudiarla en relación con el resto de sus contemporáneas vidas económicas europeas. Si lo hubiesen hecho, hace ya muchos años que el estudio de estas materias se habría planteado en España de una manera conveniente. Se hablaría no de «decadencia» por culpas ajenas, sino de «*raquitismo*» (El orador cree que esta es la palabra exacta) en el desarrollo de nuestro precapitalismo. Ahora bien, esa enfermedad se presentó durante el desarrollo de la vida española, porque no podía ocurrir de otra manera, dadas las particularidades de medio geográfico y factor humano que la forman.

España, como ya han dicho, es un erial rodeado de jardines—erial extenso y jardines pequeños—alejado del centro en que se desarrolla la vida civilizada europea a partir de la edad media. Castilla, Aragón, La Mancha, Extremadura, parte de Andalucía son un páramo seco donde el hombre trabaja sin cesar sobre una tierra sedienta que jamás recompensa debidamente el esfuerzo de su trabajo. Cauces profundos, secos en verano y arrolladores con el ímpetu de sus aguas en otoño y primavera, ponen, en unión con montañas abruptas—que separan la península en franjas de terreno incomunicadas entre sí—una barrera infranqueable a todo intenso tráfico. Así el trigo, que se vendía en Castilla a cien maravedís la fanega costaba en Aragón trescientos. (Aun hoy en día muchas minas no se explotan y muchos cultivos no se desarrollan por falta de económica salida para los productos).

Compárese esta descripción con la que relate cualquier viajero o haga cualquier geografía de Francia, Norte de Italia, o Alemania. Allí los campos verdes, con árboles, son ricos; los ríos mansos y claros son un camino que anda. El hombre recoge centuplicado lo que siembra y con colocarlo sobre unos maderos, en el río, lo transporta sin esfuerzo donde

quiere. ¿Como no ha de ser, pues, mucho mayor la riqueza y la densidad de población en esos países que en el nuestro?—exclama el conferenciante.

Mas alguien puede argüir, que aunque España no ofrece en general condiciones favorables para la agricultura, posee en cambio una gran riqueza en los más variados minerales y que por tanto parecería lógico que hubiese ido evolucionando hasta convertirse en un país industrial. ¿Cómo—nos podemos preguntar—prefiere el español emplear su vida en un agotante e improductivo trabajo agrícola en vez de dedicarse a labrar los minerales que su suelo pródigamente le ofrece? La contestación es fácil: En España no se ama el ejercicio del comercio, ni el de la industria. Esta particularidad característica de nuestro pueblo, así como la llamada decadencia económica bajo los Austrias, son un producto de su evolución a través de la edad media, según el conferenciante va a exponer.

El más perspicaz de los comentadores posteriores a Costa de la vida nacional, Ortega y Gasset en su «España Invertebrada», aunque lleva razón en lo que dice, no dice todo lo que es de razón. Le falta ahondar un poquito más en la historia medioeval y dar mucha mayor importancia a lo económico.

Es cierto que esa historia medioeval, con criterio moderno en lo que al Derecho y a la Economía se relaciona, está aún por hacer, pero los aspectos más someros de ella nos son conocidos. Esto permite—aunque sea aproximada y provisionalmente—una comparación con la restante historia europea occidental.

Allí el comercio, que a partir de Carlo Magno se va desarrollando entre Francia, Alta Alemania y el Norte Italiano, provoca la formación de una economía basada en el cambio, esto es, en el dinero. Los «cruzados» hacen que ese comercio pase a ser intercontinental, y en las ciudades marítimas italianas, Pisa, Venecia, Génova, donde ese tráfico tiene sus principales centros, la riqueza crece y se forman las primeras acumulaciones de dinero, los primeros capitalistas. No intenta el conferenciante terciar, en esta ocasión, en la polémica promovida en torno a la teoría de Sombart sobre el origen de los primeros capitales-dinero que aparecen en la tardía edad media. Hoy día se admite no obstante generalmente una teoría ecléctica, concediéndose igual importancia a las ganancias procedentes del comercio, a la acumulación de rentas de la propiedad urbana, a la capitalización de intereses usurarios, a los beneficios por arriendo de ingresos públicos, etc. Sólo una cosa aparece evidente. Tras las ciudades antes mencionadas encontramos las primeras considerables fortunas—como hace observar M. Weber—en Florencia, Milán, Ausgburg, Nuremberg, etcétera, es decir, en aquellas ciudades que sirvieron de centros comerciales al tráfico que entre Oriente y el norte y oeste de Europa se desarrollaba. Los perfeccionamientos que en la minería—especialmente en la de oro,



plata y cobre, del Tirol, Bohemia y Hungría—a partir del siglo XIII se realizan y que elevan considerablemente la cantidad de moneda en circulación, así como los adelantos que la experiencia consigue en las manufacturas, permiten la formación de la ciudad como tal. Es ésta un taller gremial que elabora, con lo que el campo circunvecino le suministra, todos los artículos que el lujo del Renacimiento necesita. Este no se habría realizado, aún admitida la vuelta al arte clásico y al racionalismo filosófico, si no hubiesen existido con anterioridad ciudades ricas que posibilitaron económicamente la existencia de los artistas. Por eso nace el Renacimiento en el norte de Italia, que es donde la riqueza ciudadana primero creció, y no en el imperio bizantino de donde vinieron sus promotores intelectuales.

Al llegar la época del descubrimiento de América, la Europa sur-oeste y central ha alcanzado un formidable desarrollo económico. El poder no está ya en el castillo feudal sino en la ciudad, que con su dinero consigue formar ejércitos. En las luchas que se avecinan no triunfará el príncipe más valiente sino el más rico. Los Fugger deciden la contienda entre Austrias y Valois a favor de Carlos y el «pecunia nervus belli» se impone con aplastante evidencia pese a Maquiavelo.

En España mientras tanto el comercio exterior en los reinos cristianos apenas se practicaba. Sólo merece mención el que ejercía Barcelona con Oriente y sobre todo con Italia y el que se realizaba con ocasión de las peregrinaciones que bordeando la costa caminaban hacia el sepulcro del Apóstol Santiago. Cuando San Fernando conquista Córdoba y Sevilla durante la primera mitad del siglo XIII, los genoveses se apresuran a pactar con él para seguir comerciando, como lo hacían bajo los árabes. Se llevan el aceite de Andalucía y el azogue de Almadén (cuyas minas concediera el rey en 1249 a la orden de Calatrava) y traen productos orientales y manufacturas italianas. Ya antes esos mismos genoveses y los pisanos celebran tratados con Alfonso el Emperador y con Sancho de Navarra. Mas el comercio en el interior de la península es prácticamente nulo. Compárese en la obra de Schaubé «Handelsgeschichte der romanischen Voelker des Mittelmeergebiets», München y Berlín 1906, el comercio de la península Ibérica con el de Italia y Francia y se comprenderá cuán rudimentaria y atrasada marchaba nuestra economía.

No es posible precisar si el comercio exterior a base de productos exóticos fué anterior o consecuencia de la existencia de un mayor refinamiento en el gusto y las necesidades humanas. Mas sí se puede afirmar que sólo es posible ese comercio con países ricos. Comercio es cambio; para el cambio se precisan objetos opuestos y distintos. En Castilla, que era pobre y que está aislada por cadenas de montañas, ese comercio no pudo existir. No existiendo riqueza natural, ni comercio, ni por tanto la necesi-

ria densidad de población, no pudieron desarrollarse las ciudades. Segovia, Toledo, Medina, Valladolid ¿qué significan al lado de Pisa, de Génova, de Florencia, de Venecia, de Augsburgo?

La falta de riqueza, unida a la necesidad de mantener un espíritu de religiosa belicosidad—imprescindible para terminar la reconquista—moldean el rasgo psicológico más característico de nuestros hidalgos: su desprecio por la industria y el comercio. El hecho de que sean los judíos y los mudéjares los que se dedican a eso, acentúa más y más el desprecio del cristiano hidalgo hacia tales ocupaciones. Mientras que en la Europa sur-oeste, a partir de las Cruzadas, empieza a desarrollarse la nobleza comercial al lado de la feudal, sobre la cual predomina en absoluto desde el siglo XV (piénsese en los Médici, los Struzzi, los Welzer, los Fugger, etc.), en Castilla—y después en España, a la que aquella da su rumbo—la nobleza burguesa no existe. Nuestros Condes, nuestros Duques, propietarios de inmensos señoríos, perciben sus derechos en especie. Cuando después cobran rentas en moneda y logran acumular ésta, tener un capital, jamás lo emplean en fines productivos. O lo atesoran substrayéndolo a la circulación o lo gastan en artículos de lujo. Mas éste es bien severo. Los mismos reyes de Castilla apenas si tienen casa propia. Cabalgan por España con escaso bagaje, se alojan en humildes, quizás miserables moradas. Por esto se escandaliza España cuando llega Carlos V, que necesita ciertas comodidades, que emplea ostentación, que gusta del lujo. Compárese con su rival Francisco I y se reconocerá, que más que el lujo de Carlos V lo que el pueblo veía era la pobreza de sus predecesores.

El conferenciante cree que queda suficientemente probado que en España durante la segunda mitad de la Edad Media no se desarrolló el movimiento de progreso económico que se puede llamar impropriamente «pre-capitalismo». Este precisa una época previa de comercio intenso y exterior que dé vida a la ciudad, donde crecen los gremios, de cuyos maestros una minoría logra el predominio merced a una mayor acumulación de capital-dinero. Con él compran primeras materias y pagan a oficiales, que por ser numerosos no pueden llegar ya a ser maestros. En ese momento quedan a un lado los antiguos maestros ricos, de otro los oficiales-obreros; entre ambos se alza una barrera que separa y es odiada: El capital.

En España ya se ha visto que no existió—en cantidad necesaria—nada de eso y que aún el genio de empresa, la afición por el comercio y la industria, lo que los alemanes llaman con palabra intraducible el «Geist» del capitalismo, en nuestra patria no se ha formado.

En estas circunstancias nos sorprende el descubrimiento de América. Castilla sólo ve en esas tierras un país al que hay que conquistar y cristianizar. Del aspecto mercantil de esa empresa ni se ocupa, ni quiere. Mas la realidad económica se impone y ese mercado que allí se abre y esos tesoro-

ros que en España entran (no tan grandes como se cree) ocasionan una prosperidad extraordinaria en nuestras manufacturas y en nuestra agricultura. Entonces se podría haber iniciado un desarrollo económico en nuestra patria, pero nos faltó, como antes ha dicho, la preparación, la aptitud debida en nuestra técnica de la producción y en nuestra psicología.

Hay otro hecho, que hasta ahora pasó inadvertido, pero que ejerció una influencia poderosa. Se refiere el conferenciante a la elección al Imperio de Carlos V en 1519. Para conseguir triunfar del candidato rival—el poderoso Francisco I—tuvo Carlos que gastar 852.189 florines de oro, una cantidad equivalente a unos 500 millones de pesetas en la actualidad. (Advierte que estas comparaciones han de ser siempre poco aproximadas). Esa suma fué prestada al Emperador con un interés no menor del 13 por 100 anual por los Fugger, Welzer, Gualteroni y otros capitalistas alemanes e italianos, que de este modo se convirtieron en acreedores y banqueros de la Corona de España. Ellos monopolizaron los formidables negocios financieros que la política de predominio español en Europa exigía y por sus manos pasaron a Italia, Alemania y Flandes los tesoros de Indias.

Esos tesoros ejercieron en España una profunda influencia. Hasta 1550 fueron la savia que nutrió nuestra economía, imprimiéndole una actividad antes no conocida. Hoy nos podemos imaginar exactamente esos fenómenos con solo pensar en lo que la multiplicación del papel moneda y el desarrollo abusivo del crédito han ocasionado en Alemania y otros países de moneda depreciada. Moneda real o ficticia para los efectos económicos es lo mismo.

A partir de 1550 el pueblo español, que se siente más como consumidor que como productor, que por la influencia de la doctrina sobre la usura y de su evolución medioeval odia al comercio y desprecia la industria, pide el abaratamiento de los productos y exige aquella política antimercantilista ya mencionada, que causa el derrumbamiento de nuestra naciente industria. Iniciada esa decadencia manufacturera, cada «peso» que viene de América es un obstáculo más que se opone a nuestra producción y un estímulo más que lleva a nuestra sociedad a apartarse del comercio y de la industria.

Cuando años más tarde se quiere implantar una política proteccionista, imitando prácticas mercantilistas que nos vienen de afuera, ya la economía española agonizante no puede reaccionar. Las guerras, la emigración a Indias, esto es, la falta de densidad de población y las características psicológicas de ésta, convirtieron a la España, rica en minerales e inepta para una agricultura próspera, en un país agrícola. ¡Oh ironía del destino! La agricultura es la única ocupación que, según nuestras ideas, permite a los unos trabajar sin desdoro y a los otros vivir *hidalgamente* de sus rentas.

¿Puede pues hablarse de una decadencia económica de España bajo los



Austrias?—se pregunta el conferenciante. Lo que ocurrió, dice para terminar, es que entonces empezó a manifestarse la incapacidad de nuestra industria y de nuestro comercio, cuando la economía europea dejaba de ser agrícola para convertirse en industrial y comercial—capitalista—. Mientras en el mundo predominó una economía agrícola, España fué un país como los demás. Después los otros progresaron, supieron evolucionar hacia nuevos perfeccionamientos y nosotros seguimos con nuestros ideales y nuestra economía medioeval.

El descubrimiento de Indias fué como la guerra europea una ocasión que puso el destino en la vida de nuestra patria para que se enriqueciera y progresara. Ni entonces ni ahora nos supimos aprovechar y convertir en permanentes aquellas prosperidades que a *pesar nuestro*, transitoriamente, se venían a nuestras manos.

Más lo mismo después del XVI que de la guerra europea, España no ha decaído en realidad. Continúa su ritmo, su progreso económico, que es tan lento que al compararlo con el de otras naciones nos parece inexistente. Tratemos no obstante de acelerarlo; prediquemos incansablemente, con la palabra y el ejemplo. Luchemos contra esa falsa hidalguía nuestra que cree que el comercio es malo. El comerciar produce dinero y el dinero es riqueza, lujo, arte, progreso. Nuestros literatos se burlan y desprecian a los hombres de industria, de negocios y olvidan que sin ellos no puede existir ni la literatura ni el arte. En nuestros principales periódicos—veáse el A. B. C.—todo son colaboradores artísticos. Lo económico a penas si ocupa lugar, y tratado más que medianamente. Compárese con un periódico alemán o inglés y se comprenderán las profundas diferencias que de esos países nos separan.

Amemos pues la riqueza, el dinero, no por lo que son en sí, sino porque ellos representan la base de toda cultura y de todo progreso. En los países más ricos, aún las luchas sociales han desaparecido o se han hecho más humanas. En España tenemos más analfabetos, somos inferiores en técnica, en ciencia, en literatura y aún en arte porque somos más pobres. ¡*Pecunia nervus mundi!* digamos siempre, aunque sea en latín macarrónico.

ANTONIO BERMÚDEZ CAÑETE

